

Montgomery tomó inmediatamente de su llegada el mando de todas las fuerzas, que sólo ascendían á novecientos hombres, y dirigióse á Quebec. A pesar de la crudeza de la estación, los americanos pusieron sitio á aquella plaza, no contando sino con unos cuantos cañones, que montaron sobre cureñas de hielo, y que no produjeron efecto alguno en las sólidas murallas. Por espacio de tres semanas sufrieron los sitiadores los rigores del frío, y al finalizar este tiempo declaróse en el campamento la viruela. Muchos se marcharon por haber cumplido el plazo de su servicio; empezó á generalizarse el descontento, y Montgomery comprendió que sólo intentando un vigoroso esfuerzo podría evitar que se perdiera por completo la expedición. En su consecuencia resolvió aventurar un asalto desesperado, y dispuso que parte de sus tropas simulasen un ataque á la ciudad desde las llanuras de Abraham, mientras él y Arnold á la cabeza de sus respectivas divisiones, darian el asalto por dos puntos á la vez, para apoderarse de la ciudadela.

El frío era intensísimo y caía la nieve en espesos copos, cuando Montgomery, atravesando el angosto sendero que se encuentra al pié de los precipicios de la ensenada de Wolfe, marchó resueltamente sobre Quebec. A la entrada de dicho sendero y bajo la elevada roca de Cabo Diamante, había una pequeña batería cuyos cañones apuntaban hácia el camino, mandada por el capitán Barnsfare, teniendo á sus órdenes algunos marinos y un destacamento de milicias del Canadá. Al avanzar Montgomery por una senda cubierta de trozos de hielo, encontró una especie de estacada que le estorbaba el paso; pero abriéndose camino con sus propias manos, gritó á sus valientes: «¡Hijos de Nueva-York, no temáis marchar por donde vuestro general os conduzca!» Y se lanzó con bravura al asalto de la batería. Mas el capitán Barnsfare, que aguardaba á pié firme, dejó que estuvieran á pocos pasos, y mandó romper el fuego, barriendo mortífera lluvia de balas todo el frente, y dejando muerto en el acto al intrépido Montgomery y otros valientes oficiales. Los americanos huyeron en desórden.

Arnold avanzaba entre tanto por el opuesto lado y emprendía el ataque con no menos resolución y bravura; pero al asaltar la primera empalizada, fué gravemente herido en una pierna, y tuvo que retirarse. El capitán Morgan, que pasó en seguida á ocupar su puesto, hizo avanzar á su gente, tomó la primera empalizada, y

llegó hasta la segunda, que también cayó en poder de los americanos, después de reñida lucha; mas en aquel momento acudió un refuerzo que envió Carleton, sabedor de la muerte de Montgomery, y cercando la retaguardia americana, la obligó á rendirse.

Los ingleses, tan pronto como se retiraron los sitiadores, salieron de la plaza, y sacaron de entre la nieve trece cadáveres, entre los cuales se reconoció el de Montgomery (1).

Arnold se encargó del mando de todas las fuerzas y trató de mantenerse firme; pero el estado de sus tropas, que se hallaban en el mayor desaliento, sólo le permitió bloquear la plaza á la distancia de tres millas, y en abril de 1776 fué reemplazado por el general Wooster, que trajo consigo un refuerzo é hizo varias tentativas para avanzar, aunque inútilmente. A primeros de mayo llegaron de Inglaterra varios buques con tropas y víveres, y los americanos se vieron precisados á levantar el sitio y retirarse á Montreal (2). Desde entonces fueron rechazados en todos los puntos, y abatidos, dispersos y agobiados por los mayores sufrimientos, vieronse forzados á evacuar aquella provincia.

A fines de setiembre Washington creyóse obligado á dar cuenta al Congreso de la situación en que se encontraba en frente de Boston, y con este motivo expuso: «Me causa profundo sentimiento verme precisado á llamar la atención del Congreso sobre el estado en que se halla el ejército, en términos que se pueda creer que este servicio se descuida. Mi situación es sumamente precaria, pues veo que se acerca el invierno, que las tropas están medio desnudas, que el tiempo de su servicio terminará dentro de pocas semanas, y, en fin, que todavía no se ha tomado medida alguna para atender convenientemente á tan urgentes necesidades. Además de esto la caja está totalmente exhausta,

(1) Montgomery era hijo de una ilustre familia del norte de Irlanda, y había servido á las órdenes de Wolfe; pero habiéndose enlazado luego en América, abrazó con entusiasmo la causa de su país adoptivo. Su carácter caballeresco, unido á sus virtudes privadas, le granjearon el general aprecio, haciéndole ocupar un lugar preferente entre los bravos oficiales que cayeron bajo los muros de Quebec. Después de su muerte, se olvidaron los resentimientos que contra él se tenían, y se le enterró pomposamente por orden del general Carleton, mientras que hicieron su elogio en el Parlamento hombres tan ilustres como lord Chatham, Burk y Barré. Sus restos mortales se trasladaron en 1818 á Nueva-York, donde el Congreso dispuso que se erigiese un monumento á su memoria con una inscripción en la cual se expresaran sus relevantes cualidades, citándose sus señalados servicios y ensalzando su patriotismo, su constancia, su bravura y arrojo. Poco después, á consecuencia de lo dispuesto, elevóse un monumento de mármol blanco con divisas y emblemas, frente á la capilla de San Pablo en Nueva-York.

(2) Murray, *Historia de la América británica*, tom. I, pág. 181.

el habilitado no tiene un cuarto, y el comisario general me asegura que ha usado de todo su crédito para atender hasta ahora á la subsistencia del ejército. La mayor parte de las tropas, por otro lado, se insurreccionarán si no se les paga lo que se les debe.»

El Congreso no pudo ménos de atender á las justas reclamaciones del general en jefe, y á mediados de octubre nombróse un comité compuesto de Franklin, Lynch y Harrison, que dirigióse en seguida á Cambridge para avistarse con los delegados de las colonias de Nueva-Inglaterra y adoptar las necesarias medidas. Con arreglo á las indicaciones de Washington, se autorizó la organización de veintiseis regimientos que debían formar un total de veinte mil hombres, suponiendo que en las cuatro colonias de Nueva-Inglaterra podrían reunirse treinta y dos mil que sirvieran el tiempo máximo de enganche determinado por el Congreso, que era el de un año. Las consecuencias de este método fatal de alistamiento dejáronse sentir durante toda la guerra, y en medio de sus escenas y sus peligros tenía que volverse á empezar siempre la misma obra de organización y de disciplina. Washington tuvo que sufrir rudas pruebas ántes de conseguir formar un ejército con arreglo al plan que las necesidades le impusieron. Algunos han querido poner en duda su mérito militar; pero si bien es verdad que no dió de él esas brillantes pruebas que en nuestra Europa han formado la reputación gloriosa de los primeros capitanes, también lo es que al frente de un pequeño ejército en una inmensa extensión de país no pudo poner en práctica la gran estrategia, ni dar grandes batallas. Su superioridad reconocida, proclamada por sus compañeros, nueve años de guerra, y el éxito definitivo, son un testimonio irrefutable, y justifican su gloria.

Además de las indicadas tropas, el Congreso celebró un contrato para aumentar su número con varios regimientos de las colonias del Sud, de Pensilvania, Nueva-Jersey y Nueva-York, y publicó una proclama manifestando que se adoptarían medidas severas para castigar á los que favorecieran la causa realista.

La falta de pólvora en el campamento y las grandes dificultades para adquirir municiones, colocaron á Washington en la situación más crítica; de modo que si el general inglés hubiese sabido aprovecharse, activando sus medidas para atacar á los americanos, desordenados durante aquellos días, á consecuencia de las tropas

que se iban y los reclutas que llegaban, casi es seguro que hubiese sido completa su derrota.

Spencer dice que las fuerzas del Connecticut decidieron marcharse juntas cuando iba á espirar el plazo de su servicio, lo cual hubiese causado una sensible baja en el ejército, ya de sí muy débil. Tan censurable conducta disgustó en gran manera á Washington, quien á pesar de sus esfuerzos no pudo conseguir que aquellas tropas permanecieran más de diez días en el campamento, para dar lugar á que llegase la nueva milicia. Con tal motivo refiere Sparks que Washington escribió al gobernador Trumbull, y éste le contestó: «Es muy difícil defender la libertad, desempeñar el gobierno y mantener la subordinación, impidiendo al mismo tiempo que se lleven á cabo las operaciones de alistamiento y leva de tropas. Los hijos de Nueva-Inglaterra ansian la libertad, pero creen que su enganche en el servicio es puramente voluntario, y por lo tanto, cuando termina el plazo por que se alistaron, se consideran libres de todo compromiso. Esto es lo que sucedió en la pasada guerra, y temo que ocurra lo mismo con los soldados de las demás colonias, pues en mi concepto tal es el carácter y espíritu de nuestro pueblo.» Irving consigna á propósito que los hombres de Connecticut encontraron tan pocas simpatías en el camino cuando regresaban á sus casas, que apenas hallaron quien les diese de comer, y cuando se presentaron á sus mujeres, les reprendieron tan duramente, que los reclutas consideraron preferible hacer frente al enemigo y á los cañones británicos que oír las recriminaciones de las matronas de aquella colonia.

Por fortuna el general Howe cometió la torpeza de permanecer inactivo, y esto dió lugar á que pasado cierto tiempo fueran desvaneciéndose los temores de Washington.

El Congreso y algunos otros patriotas opinaban que nuestro héroe debía hacer algo más que sitiarse á Boston, y hubo no pocas murmuraciones censurando la falta de actividad de las tropas, y extrañando en gran manera que no se atacase á la ciudad, sin respetar los planes del que más de una vez se mostró tan cuerdo general como soldado valiente, á quien llamaron el Fabio americano, diciendo que su talento así como su inclinación, consistía en evitar los hechos de armas, frustrar los designios del enemigo y ganar tiempo, y precisamente cuando sus impulsos le inclinaban á intentar terminar la guerra de golpe, atacando resueltamente al

ejército inglés, al cual esperaba destruir por completo. En su consecuencia celebró tres consejos de guerra; pero en los tres se dictaminó en contra, oponiéndose resueltamente al ataque, y vióse obligado á desistir, muy á pesar suyo (1), como se desprende de una carta que escribió, en la cual se expresaba en estos términos: «Si yo hubiera previsto las dificultades en que nos hemos visto luégo, y hubiese sabido cuánta era la desanimación de nuestros adversarios, todos los generales del mundo no habrían podido convencerme ni inducirme á que dilatase por más tiempo el ataque á la ciudad (2).»

Un mes más tarde, Washington escribió á José Reed hablándole de las duras pruebas y los grandes disgustos que tuvo que sufrir por espacio de algunos meses, y le decía: «Conozco cuál es mi triste situación; no ignoro que se espera mucho de mí; sé que sin hombres, sin armas, sin municiones y sin nada de lo que se necesita para las tropas, se puede hacer muy poco, y no se me oculta, en fin, que será difícil justificarme ante el mundo, sin manifestar, en perjuicio de la causa que defiende, cuántas son mis necesidades, y cuán crítica mi posición, cosa que estoy resuelto á no hacer, á menos que no llegue á conocimiento de todos por inevitables circunstancias. Mi situación es á veces tan precaria, que si no consultase el bien público, y si sólo mi tranquilidad, hace tiempo que habría abandonado el puesto. Léjos de tener un ejército de veinte mil hombres bien armados, sólo cuento con la mitad de ese número á consecuencia de las bajas por enfermedades, y aún esos ni están bien armados ni vestidos como debieran. En una palabra, me he visto tan apurado, que he tenido que hacer todos los esfuerzos imaginables para ocultar á los oficiales lo que pasa.» Por fortuna para la causa que defendía y á que consagrara su vida, Washington no se dejó vencer por las dificultades y obstáculos, y tuvo siempre una ciega confianza en la protección de la Divina Providencia.

Habiendo resuelto el Consejo provincial que los Tories que se ausentaron no se llevasen sus efectos, los habitantes de Falmouth, al Norte de Massachusetts, ahora Portland, en el Maine, se opusieron á que se cargara un buque, cuya medida dió lugar á que se decretara la destrucción de la ciudad para que sirviese de ejemplar castigo. Con este objeto el almirante

(1) Writings, tom. III, págs. 82, 127, 259, 287, 290, 291, 292, 297.
(2) Spencer, *Hist. de los Estados-Unidos*, tom. I, pág. 359. Edición Montaner y Simon, Barcelona.

Greaves envió con varios buques de guerra al capitán Mowat, quien llegando el 17 de octubre á Falmouth, comunicó á los habitantes que les daba dos horas de término para que se pusieran en salvo. Habiéndose pedido explicaciones al capitán sobre aquella extraordinaria intimación, contestó que tenía orden para incendiar todos los puertos comprendidos entre Boston y Halifax, y que suponía que el de Nueva-York estaba ya reducido á cenizas. El capitán añadió que no podía eludir aquellas órdenes sino con la condición de que los habitantes hicieran entrega de sus armas y municiones y de cuatro personas principales de la ciudad, que quedarían en rehenes para garantir que la población no haría armas contra la Gran Bretaña. En el caso de negarse á estas condiciones, aseguró el capitán que en el término de tres horas reduciría la ciudad á cenizas. No sabiendo qué hacer ante aquella imprevista intimación, los habitantes pidieron y consiguieron al fin que se alargara el plazo hasta la mañana siguiente, y entre tanto ocupáronse en trasladar sus familias y efectos. Al otro día, el capitán Mowat comenzó el bombardeo con inusitada furia, y muchos habitantes que se habían subido á las alturas, fueron espectadores de un terrible incendio que redujo á muchas personas á la miseria y á la desesperación. Más de cuatrocientas casas quedaron totalmente destruidas y Newport y Rhode-Island, que se vieron amenazadas luégo, tuvieron que contemporizar con el enemigo, facilitándole una remesa de víveres.

Atentados de esta naturaleza no podían menos de exasperar á los colonos, y no pasó mucho tiempo sin que proyectaran emprender expediciones en el mar contra las fuerzas británicas. Al efecto dispusieron varios buques, y el Congreso provincial de Massachusetts aprobó, en 10 de noviembre de 1775, una ley por la cual se concedía autorización para ejercer represalias contra los buques de la Gran Bretaña, y además de esto, instituyóse un tribunal de marina por las autoridades provinciales. Las colonias del Sur imitaron el ejemplo, y bien pronto estuvieron en estado de hacerse al mar cinco ó seis buques armados, que Washington ocupó desde luégo para impedir, en cuanto fuese posible, que Boston recibiera socorros por mar. Hicieron á poco varias capturas, y entre ellas una muy importante, debida al capitán Manly, que en 29 de noviembre se apoderó de varias municiones de guerra, muy convenientes entonces para el ejército americano. Pero estas empresas

no daban en general muy buen resultado, pues la mayoría de los oficiales era incompetente para aquel servicio y los hombres de la tripulación se mostraban muchas veces dispuestos á insubordinarse, por manera que todo aquello entorpecía más bien que auxiliaba al jefe americano. Debemos consignar aquí que, hácia mediados de diciembre, el Congreso resolvió montar trece buques de diferentes tamaños y capacidad que fueron la base de una magnífica escuadra que llevó á cabo brillantes hechos de armas.

Los continuados abusos y las medidas de restricción adoptadas por los gobernadores de las colonias desvanecían toda esperanza de reconciliación que pudieran abrigar los hombres amantes de la paz y temerosos de los horrores de la guerra, y la gran mayoría de los americanos llegaron á convencerse muy pronto de la necesidad y las ventajas de proclamar su independencia.

Sin embargo, el partido realista se mostraba formidable en varios puntos, y principalmente en Nueva-York y sus alrededores, así como en el condado de Tryon, en la provincia situada al Oeste del río Schoharie, donde la familia de Johnson ejercía gran influencia. Guy Johnson reclutaba en el Canadá la mayor parte de los mohawks en favor de la causa de la Gran Bretaña, y Sir Juan logró organizar dos batallones que llegaron á ser muy pronto el terror de las fronteras de aquella provincia.

Washington esperaba, entre tanto, con viva impaciencia delante de Boston, el momento oportuno.

El Congreso, suponiendo que tal vez nuestro héroe vacilara en emprender el ataque por los daños y perjuicios que pudieran sufrir las propiedades que muchos patriotas tenían en la sitiada ciudad, manifestóle que no se detuviera ante ninguna clase de consideraciones, y obrase del modo que juzgara más conveniente.

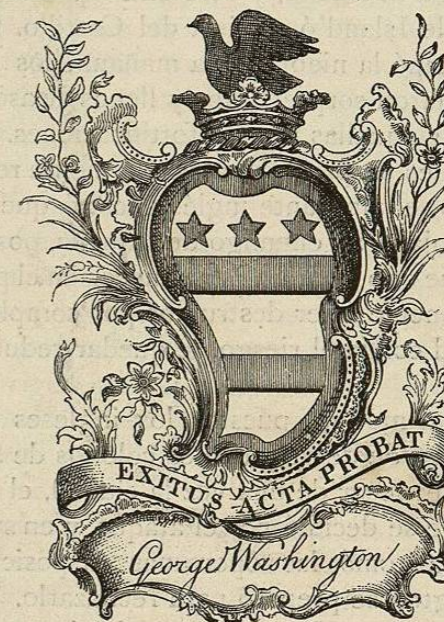
Muy importante era por todos conceptos desalojar al enemigo, y Washington abrigaba la esperanza de poder tomar la ciudad por asalto.

Noticioso de que escaseaban en Boston las provisiones, convocó un consejo de guerra, y expuso su resolución; pero no mereció la aprobación de la mayoría, que optó por que se obligase al enemigo á evacuar la ciudad ocupando las alturas de Dorchester que la dominaban por completo.

Washington dió una prueba más de su habi-

tual prudencia, y habiéndose de llevar á cabo tal medida, hicieronse los consiguientes preparativos, permitiendo los cañones cogidos en Ticonderoga y Crown Point organizar una poderosa artillería.

A fin de distraer la atención del enemigo, los americanos construyeron fuertes baterías en varios puntos cerca de Roxbury, y en la noche del 2 de marzo de 1776 rompieron un fuego tan terrible, que las bombas caían incesantemente en la ciudad, obligando á la guarnición á ocuparse sin descanso en apagar el fuego de las



Sello de Washington

casas que ardían. Los americanos preparáronse entre tanto á posesionarse de las alturas, auxiliados por varias compañías de milicia que iban llegando para reforzar el ejército.

Designóse la noche del 4 de marzo para poner por obra el decidido plan, confiando que el recuerdo de los sucesos ocurridos el día 5 del mismo mes del año 1770, en que vertióse en Boston la primera sangre de aquellos ciudadanos, excitara la sed de venganza y aumentaría el ardor de los que tan resueltos se mostraban á combatir contra el enemigo común.

Dispuesto ya todo, emprendieron la marcha con el mayor silencio hácia la península de Dorchester, en la tarde del señalado día, siéndoles propicios la oscuridad de la noche y el viento que impedía que pudiese llegar hasta el enemigo el rumor de sus pasos, mientras que por otra parte atronaban el espacio los disparos de las baterías.

Componían la vanguardia ochocientos hombres, seguidos de varios carros cargados de